

Un sacerdote en la Corte de Mme. Bovary

Carmen Ruiz Martínez



1.-BURGUESIA Y ADULTERIO: MUJERES Y NOVELAS.

El siglo XIX reúne una serie de factores -descubrimientos científicos, avances tecnológicos, cambios sociales- que, de forma especial, hace patente la desarmonía entre el individuo y su medio. En el hombre de clase media, de esa burguesía en auge vertiginoso, caerá el peso de tal desequilibrio, paralelamente al protagonismo en el siglo de su clase social.

Junto a los grandes cambios, surgirán otros en segundo plano, relativos a la moral y las costumbres. La familia cobra una importancia inusitada. La razón fundamental será su papel de nuevo eje económico, pero las consecuencias alcanzarán a otros muchos puntos de la vida cotidiana. La moral burguesa, de tintes acusadamente religiosos, se encamina a ensalzar y proteger la institución familiar, y asegura así, en cada una de sus células, la reproducción y avance de la gran clase media, como poder económico y como mentalidad triunfante.

Pero si los matrimonios son calculados al céntimo y provocan estados de auténtica frustración, por el desamor y la rutina, se dejará entreabierto la posibilidad de un alivio. En primer lugar, la casa y las costumbres familiares proporcionan al matrimonio una mayor intimidad. En privado, los afectos y expansiones son más libres, y la esposa se reviste de un erotismo nuevo, lo que permite al varón burgués canalizar hacia mujeres de su mismo ambiente, deseos y actitudes antes reservados para las cortesanas o las mujeres de baja extracción social. En segundo lugar, se admiten implícitamente aquellas escapadas que, discretamente, neutralicen la infelicidad y desperdician lo que se ha entumecido en el angosto feudo marital: el adulterio, en una palabra. Esta faceta hipócrita del código moral, que pseudolegitima la infidelidad, tiene unos límites, de nuevo marcados por el trasfondo financiero: siempre que no se dilapide la fortuna familiar ni se provoque un escándalo (los escándalos perjudican los negocios), puede hacerse la vista gorda. Si la protagonista es una mujer el peligro es mayor, pues se corre el riesgo de que aporte una criatura, un intruso en la estructura del hogar, que usurpe un apellido y, lo que es más grave, una herencia.

Por eso el adulterio femenino está peor considerado, legal y socialmente. La discriminación es doblemente injusta si pensamos que la mujer del pasado siglo es una víctima especialmente propicia al hastío existencial, por su reclusión física y psicológica como "pilar de la familia". Pero a pesar del obstáculo de la estricta normativa burguesa, y a causa de su axfisiante circunstancia y de un afán de lujo cargado de connotaciones sensuales, las mujeres del siglo XIX protagonizaron adulterios cuyo reflejo -no sabemos si menguante o de aumento- encontramos en la literatura. El realismo, movimiento literario al que la burguesía suministra los autores, el público y el argumento, proporciona un auténtico desfile de mujeres insatisfechas, de casadas infieles. Aun admitiendo que la visión de estas novelas sea más o menos parcial o subjetiva, Emma Bovary, Effi Briest, Ana Karenina, Luisa -prima de Basilio-, Ana Ozores, guardan sin duda la suficiente relación con la realidad para ser un retrato reconocible de la condición femenina burguesa en el siglo pasado.

Sin embargo, no creo que sea justo meterlas a todas en el mismo saco. La valiente Emma queda a años luz de la atontada Effi, por ejemplo. Todas son mujeres, y ello resulta decisivo en sus vidas, pero alguna de ellas, como Emma, rebelde y consciente de su insatisfacción, resulta más cercana a otro tipo de personajes que a sus habituales compañeras de retahíla.

2.-VIDA Y LITERATURA.

Si el realismo naturalista imponía una norma incluíble, ésta era la de incluir una prehistoria del protagonista, que determinase su evolución posterior.

Ya hemos comentado que una parte importante de las criaturas literarias decimonónicas era la constituida por las adúlteras, y eso debió de plantear un serio problema a sus creadores: ¿de dónde había de partir una mujer para llegar a la infidelidad? Descuido en su educación, falta de una religión sólida, marido endeble... Según tenga cada autor más o menos intención moralista, se repetirán estos ingredientes con mayor o menor énfasis. Sin embargo, no resultan, en muchos casos, del todo convincentes. Sin que responda más a la realidad, hay un tópico que parece explicar mejor los tortuosos destinos de estas damas. La perniciosa influencia de una afición desmedida a la lectura durante su juventud. Tanto empaparse de delirios románticos, acaban todas con los pies lejos del suelo, incapaces de convertirse en esposas razonables y dispuestísimas a seguir los pasos de sus heroínas a la menor ocasión.

Este mecanismo, sin embargo, no es una creación de la gran novela del XIX: se remonta nada más y nada menos que a Cervantes. Fue Don Quijote el primero que se dispuso a vivir lo leído. Tras él, y saltando siglos, encontraremos a una tropa de señoras que, aburridas de su entorno aristocrático o de alta burguesía, se niegan a aceptar su realidad y emprenden aventuras mucho más emocionantes. Las capitanea, por supuesto, Emma Bovary. Quizá sea ella la más valiente. Lo que en las demás son descuidos, simples deslices, en Emma es el diseño consciente de su propia vida. Ella decide salir de la monotonía, ella busca la aventura, ella subraya su desplante premeditado a la sociedad:

*"Elle se répétait: 'J'ai un amant! un amant!' se délectant à cette idée (...) et l'existence ordinaire n'apparaissait qu'au loin, tout en bas, dans l'ombre..."*¹

Entre la descendencia de *Madame Bovary*, vamos a centrar nuestro interés en *La Regenta*, novela en la que también encontramos personajes que viven su propia ficción.

Ana Ozores lee mucho. De niña, de adolescente y de adulta. Literatura sacra y profana. Pero este bagaje literario no bastará para hacer saltar el resorte de la "acción". Todo quedará en su mente, en su mundo exclusivo -eso cree ella-, en su imaginación:

*"Así como en la infancia se refugiaba dentro de su fantasía para huir de la prosaica y necia persecución de doña Camila, ya adolescente se encerraba también dentro de su cerebro para compensar las humillaciones y tristezas que sufría en su espíritu. No osaba oponer los impulsos propios..."*²

Su imaginación es importante, en efecto. Obstaculiza los planes de Alvaro, su

(1) FLAUBERT. *Madame Bovary* (París, J. C. Cattsés, 1988), pág. 233. De ahora en adelante, al citar esta novela me limitaré a indicar entre paréntesis la página correspondiente de esta edición.

(2) CLARIN. *La Regenta* (Madrid, Alianza, 1967), pág. 72. De ahora en adelante, en las citas de esta novela indicaré entre paréntesis la página de esta edición.

seductor: "He notado que esta mujer enfrente de la naturaleza (...) calla y se "sublimiza" allá a sus solas" (p. 328). Disgusta a su confesor: "¡Esa imaginación, Anita, esa imaginación!" (p. 359). Preocupa al médico Benítez, que ejerce con ella más que nada de psicólogo: "Probablemente, Benítez condenara este afán de leer y me prohibiría la desmedida afición" (P. 575).

Incluso ella misma, asustada de las dimensiones de su fantasía, tiene un miedo más o menos consciente a la locura: "Quería la infeliz desechar las ideas que la volvían loca" (p. 502). Y la sospecha es compartida por quienes la rodean, por Fermín: "¡Si se me volviera loca!" (p. 525), y por Victor: "Señores, mi mujer está loca" (p. 552).

Resumiendo: la imaginación de Ana -y eso que no hemos entrado en su sustancioso mundo onírico- no tiene límites. En cambio, la reacción activa a este mundo que le provoca esos desvaríos no se hace nunca real. Cuando vaya al teatro en día de Difuntos, o desfile descalza en Viernes Santo, o tenga un amante, o, de una u otra forma, desafíe la norma velustense, no lo hará por propia voluntad. Incluso, muchas veces, ni se dará cuenta de lo que hace:

"Comparaba ella la situación a la ventura de flotar sobre mansa corriente" (p. 402).

"Pudo comprender que la arrastraban fuera del salón" (p. 515).

"Se dejaba llevar, como cuerpo muerto, como una catástrofe" (p. 520).

"Si ... yo no fui ... si me llevaron" (p. 526).

La respuesta de Ana a la rutina burguesa es mental, pues tiene bastante claro que "Diga lo que quiera don Fermín, para volar hacen falta alas" (p. 379). Y Ana no tiene alas:

"¿Por qué he de crearme más fuerte de lo que soy?" (p. 406).

Y aunque alguna vez acaricie intenciones desusadas, pronto recapacita: "Basta para siempre de propósitos quijotesco" (p. 594).

Ana Ozores resulta así un personaje fundamentalmente pasivo. Si es o no víctima, es discusión aparte, pero su capacidad de respuesta es nula. No maneja en absoluto los hilos de su historia. Asume perfectamente lo que le dice Ripamilán siendo bien jovencita: "Las musas no escriben, inspiran" (p. 96). Y con este sentido -más allá de la intención de la frase del cura- de vida - literatura, Ana va a ser musa de otro personaje que sí se acerca a la quijotesca Emma de la que partimos: Fermín de Pas.

El Magistral también percibe un mundo hostil, pero se siente mucho más capaz de enfrentarse a él, de luchar por su vida: "Soy el más fuerte" (p. 217). La seguridad en sí mismo es el punto de partida de una participación activa en el trazado de la propia historia. Incluso utiliza, en distintos momentos de *La Regenta*, terminología propia de esta relación ficción-realidad:

"Las novelas era mejor vivirlas" (p. 450).

"Improvisó...una de aquellas novelas" (p.462).

Su vida -interpretación, llega al punto de ser reconocida como tal por otros personajes, como don Víctor: *"Esto ha sido una quijotada"* (p. 588). Pero Fermín no firmará su desenlace como la Bovary. Ciego de rabia y celos, con un cuchillo en la mano, a punto de protagonizar un trágico final "adecuado" a su historia... su imagen reflejada en el espejo le hará reflexionar y retroceder.

"Estas son necesidades de novela" (p. 650).

3.-ENCADENADOS.

Emma Rouault pensó que su matrimonio con Charles Bovary sería una puerta de escape a la agobiante rutina de la granja de su padre. Ya casada, se dio cuenta de que sus anhelos permanecían intactos.

"Il fallait qu'elle se fût trompée, songeait-elle. Et Emma cherchait à savoir ce que l'on entendait au juste dans la vie par les mots de "félicité", de "passion" et d'"ivresse", que lui avaient paru si beaux dans les livres" (p. 53).

Y de la decepción al arrepentimiento no hay más que un paso:

"Pourquoi, mon dieu, me suis-je mariée? (P. 66).

Arrepentimiento que, claro está, ha de traducirse, en poco tiempo, en odio a Charles, su marido, personificación . a los ojos de Emma, del origen de sus desdichas:

"N'était-il pas, lui, l'obstacle à toute félicité, la cause de toute misère?" (p. 158).

A Ana Ozores, su circunstancia la obliga más que a Emma al matrimonio. El marido que le cae en suerte, además de anciano y ridículo, es inapetente. Y ella, con el cura más irresistible del mundo y el galán de oficio más habilidoso rendidos a sus pies, no odia, ni por unas páginas, su cadena. Y casi al final, y hablando consigo misma en un diario íntimo que nadie ha de leer, es capaz incluso de decir:

"Quintanar es feliz. ¡Y es tan bueno! ¡Como me cuida! ¡Qué agasajos, qué mimos! " (p. 575)

En cambio Fermín, del mismo modo que Emma descargaba su inconformismo en el desprecio del pobre Charles, concentra su odio en aquello que simboliza su falta de libertad. Su sotana.

El Magistral no ha elegido su profesión. Su madre, doña Paula, observó, entre la miseria de su infancia, que el cura conseguía el privilegio de no verse atrapado en las duras y fatales normas que regían la vida de los otros. *"Si ella fuese hombre no*

pararía hasta hacerse cura" (p. 306). Y a su hijo

"El instinto de conservación le obligaba a secundar los planes de su madre" (p. 419).

Pero Fermín no acaba de encontrarse a gusto en una condición vital no exenta de serias limitaciones:

"Pues ¿no se había puesto a fijarse, porque iba con la cabeza gacha, en los manteos y sotanas de sus colegas y en los suyos, y no estaba pensando que el traje talar era absurdo, que no parecían hombres, que había afeminamiento carnavalesco en aquella industria? (...) Lo cierto es que le estaba dando vergüenza en aquel momento llevar traje largo y aquella sotana" (p. 290)

La vergüenza pasará a ser odio según avance la novela y le estorbe más:

"¿Qué aventuras más grotescas!...¡Qué horrorosa ironía de lo cómico durante todo el día! Y... la culpa de todo la tenía la odiosa, la repugnante sotana" (p. 593).

Porque la sotana es su cadena...

"El, atado por los pies a un trapo ignominioso, como un presidiario como una cabra, como un rocín libre en los prados..." (p. 646).

...Y desearía romperla:

"Pisando con ira, con pasos largos, como si quisiera rasgar la sotana con las rodillas, aquella sotana que se le enredaba entre las piernas, que era un sarcasmo de la suerte" (p. 646).

A esta coincidencia entre Emma y Fermín habría que señalarle algunos matices. Porque Charles, tan simplón en un principio, llega a convertirse, gracias a la ósmosis de la convivencia, en un espíritu sensible, delicado...incluso lírico a la hora de morir. Emma no aumenta su desdén hacia él, *"Elle se demanda même pourquoi donc elle exécrait Charles"* (p. 248).

Quizá se deba, aparte de los "méritos" de su marido, a la conciencia de que no es sólo el matrimonio, sino su condición femenina fundamentalmente, lo que le priva de libertad. En su embarazo:

"Elle souhaitait un fils; il serait fort et brun, elle l'appellerait Georges; et cette idée d'avoir pour enfant un mâle était comme la revanche en espoir de toutes ses impuissances passées. Un homme, au moins, est libre. Il peut parcourir les passions et les pays, traverser les obstacles, mordre aux bonheurs les plus lointains. Mais une femme est empêchée continuellement" (p. 129).

Mme. Bovary hubiera querido nacer hombre. No se trata de una desviación sexual, sino de una realidad social. Leve reflejo de este deseo sería el disfraz masculino

que adopta buscando la lúdica excitación de uno de sus amantes. Pero el hábito no hace al monje...

...Aunque estorba al hombre. Fermín de Pas es un hombre y el deseo, el amor y los celos harán que cada vez tenga mayor conciencia de su sexo... y que cobre mayor odio hacia esa solana que esconde su hombría...

"Sí, sí, él también era un hombre, podía ser rival, ¿por qué no? (p. 505).

...Y que la hace indescable, hablando en términos estrictamente físicos, a su amada:

"Había comprendido que Ana sentía repugnancia ante el canónigo en cuanto el canónigo quería demostrar que además era hombre. "Y sí que era hombre, ¡vive Dios si era hombre!, y tanto más que el otro, capaz de deshacerle entre sus brazos, de arrojarle tan alto como una pelota"... (p. 378).

Este deseo de violencia, esa violencia que escapa en numerosos puñetazos, descargados por Fermín entre las rendijas de su ira, son propios de un hombre que no puede actuar como tal. Como también hay violencia contenida en esa mujer que hubiera nacido hombre sólo por ser libre:

"Elle aurait voulu battre les hommes, leur cracher au visage, les broyer tous..." (p. 428).

Prisioneros en sus faldas respectivas, Fermín y Emma se rebelan furiosos contra la vida. Ana no; ella es una mujer "cual pluma al viento".

4.- DERECHOS DE LA HERMOSURA.

Entre otros muchos rasgos comunes de las adúlteras literarias del siglo pasado, es posible que sea la histeria el más repetido estadísticamente. Todas sufren ataques de nervios, se desvanecen cada dos por tres y padecen incomprensibles enfermedades que no tienen más causa que el histerismo puro y simple. Un histerismo que suele partir de una realidad física: su insatisfacción sexual.

En Anita Ozores es evidente, y el experto Mesía nos lo confirmaría tajante y grosero. Sus frecuentes "ataques", sus fanatismos y sus depresiones responden todas a algo de lo que procura no ser consciente:

"Pero llegaba la primavera y (...) tenía miedo de los sentidos excitados en vano. De todo ello resultaba una gran injusticia, no sabía de quién, un dolor irremediable que ni siquiera tenía el atractivo de los dolores poéticos (...). Sentía en las entrañas gritos de protesta, que le parecía que reclamaban con suprema elocuencia derechos de la carne, derechos de la hermosura..." (p. 190).

Sólo un par de veces se reconoce a sí misma esta carencia. El resto del tiempo,

como dice Alvaro, la "sublimiza". Sin embargo, su realidad es indiscutible, y la prueba es la "solución" a todos sus males: en cuanto otorgue a Mesías la recompensa de su asedio, el bobo de don Víctor observará sorprendido que desaparecen "milagrosamente" tanto su patología nerviosa como sus "*veleidades de santa*" (p. 611).

El caso de Emma Bovary es distinto. Ella está casada con un hombre joven y enamorado que la desea sexualmente. Escenas domésticas que se nos describen en la novela resultan del todo dignas de un joven matrimonio. Si acaso, es precisamente Emma quien puede ser acusada de desgana en más de una ocasión.

De todas maneras, las relaciones íntimas del matrimonio podrían probarse con esa maternidad de Emma, que en el caso de Ana es una frustración más. Sin embargo,

"Elle restait brisée, haletante, inerte, sanglotant à voix basse et avec des larmes qui coulaient.

-¿Pourquoi ne point le dire à Monsieur?, lui demandait la domestique, lorsqu'elle entrait pendant ses crises.

-Ce sont les nerfs, répondait Emma; ne lui en parle pas, tu l'affligerais.

-Ah! oui, reprenait Félicité, vous êtes justement comme la Guérine (...) Elle était si triste, qu'à la voir sur le seuil de sa maison, elle vous faisait l'effet d'un drap d'enterrement tendu devant la porte. (...) Puis, après son mariage que ça m'est venu" (p. 59).

Charles no es suficiente para Emma. Pero no por una cuestión de incapacidad, como Víctor Quintanar. La insatisfacción de Emma es vital y tiene poco que ver con las circunstancias puntuales:

"Elle n'était pas hereuse, ne l'avait jamais été. D'où venait donc cette insuffisance de la vie, cette pourriture instantanée des choses où elle s'appuyait?...Mais, s'il y aurait quelque part un être fort et beau, une nature valereuse, pleine à la fois d'exaltation et de raffinements, un coeur de poète sous une forme d'ange, pourquoi, par hasard, ne le trouverait-elle pas? Oh! quelle impossibilité!" (p. 400).

El príncipe azul de Emma es, de puro abstracto, inencontrable, claro símbolo de su impotencia en la lucha contra esa ansiedad vital que la hace vivir y que ella quiere simplificar en la concreta cárcel de su matrimonio.

Fermín, una vez más, estará en la misma línea. Quizá sería demasiado atrevido tachar de histérico al sacerdote. Parece que a pocos se les ha ocurrido que la histeria podría extenderse más allá del universo femenino. Pero no dejan de ser sospechosas sus esporádicas manifestaciones de ira, sus brascas bajadas de ánimo... incluso algunas lágrimas a escondidas:

"Y cansado de tantos esfuerzos y sorpresas, don Fermín, (...) ocultando el rostro en las manos que ardían, lloró como un niño, sin vergüenza de aquellas lágrimas que él solo sabría" (p. 544).

La raíz de su mal tampoco, como ocurría con Emma, es una insatisfacción

física. Es cierto que reprime constantemente y trata de negarse a sí mismo su deseo sexual de Ana Ozores: *"No quería más que gozar aquella dicha que se le entraba por el alma"* (p. 444).

Pero también es verdad que el Magistral, y en esto se parece más a la Bovary que a la Ozores, tiene tanto cuerpo como alma. Que este rudo montañés, joven y fuerte, que manosea sin querer los relieves de las sillas del coro, que mordisqu coasta capullos de rosa, que acaricia con delectación las infantiles cabecitas que pretende llevar de catecismo, un hombre así, "sólo conseguía contrarrestar las rebeliones súbitas y furiosas de la carne con armisticios vergonzosos" (p. 474).

Y, con vergüenza o sin ella, Fermín de Pas sacia sus apetitos a través de esas criaditas que su madre le sirve en bandeja. Sin embargo, no es suficiente. El también, como Emma, persigue no sabe bien qué:

"Algo nuevo, algo nuevo para su espíritu, cansado de vivir nada más para la ambición propia y para la codicia ajena, la de su madre" (p. 206).

Y pretende encarnar este ideal en Ana: "La Regenta debía de ser otra cosa" (p.463).

A pesar de la brutal escisión entre su espíritu y su cuerpo, a la que le obligan las circunstancias, Fermín parece haber encontrado, en cierto momento, una felicidad efímera:

"Una señora inocente, joven, sin mundo, venía a mostrarle un universo nuevo, (...) se veía uno de repente entre los ángeles, gozando como en el Paraíso..." (p. 461).

Pero su ideal desborda los límites de carne y hueso en que Fermín quiere encerrarlo; la Regenta no puede satisfacer la esperanza inconcreta, la vaga ansiedad del Magistral:

"Y ahora un presentimiento le decía que todo había acabado, que Ana ya no era suya, que iba a perderla" (p. 578).

De todos modos, dejando a un lado estas abstracciones, tanto Madame Bovary como La Regenta cuentan entre sus ingredientes con una notable proporción de erotismo. Quizá lo que no llegue a ser es decisiva en la psicología de sus protagonistas.

Ana Ozores sólo puede contar a Alvaro Mesía como "hazaña consumada". Pero la cantidad de placeres sensuales que le provocan desde el roce de sus sábanas hasta sus éxtasis místicos es incalculable.

Fermín y Emma, ya lo apuntábamos más arriba, son mucho más dueños de sus vidas. Y también controlan y distribuyen su propia sexualidad. Aunque, si aventajan a Ana en la variedad de su catálogo de amantes, no por ello dejan de compartir esa atmósfera de vellos erizados al menor estímulo. Pero De Pas y la Bovary, señores absolutos de sus cuerpos, son capaces de lo que nunca podría hacer Ana, de la

prostitución. Prostitución es lo que intenta Emma en el último momento, cuando el desastre económico la asfixia y ve la catástrofe a la puerta:

"Retrempant son courage au sentiment de la nécessité présente... Emma continuait avec des gestes mignons de tête, plus câline qu'une chatte amoureuse" (p. 436).

Y prostitución es la del Magistral cuando, impotente para la venganza, seduce a quien será su arma:

"Le parecía muy oportuno poner por obra lo que meditaba. Y además a él le convenía tener de su parte a la doncella de la Regenta, hacerla suya, completamente suya..." (p. 581).

CONCLUSIÓN

Fermín de Pas coincide repetidamente, a lo largo de la novela, con el modelo de Emma Bovary. Ana Ozores, la que todos creen sucesora legítima, se distancia de Emma en cuestiones fundamentales, aunque los aspectos externos -matrimonio, adulterio, nervios, aburrimiento, desvaríos religiosos- las hagan muy parecidas.

En cambio, el Magistral, salvando las distancias de su sexo y su condición social, se acerca al personaje de Flaubert tanto en la esencia -incorformistas, ambiciosos, creadores conscientes de su vida novelesca- como en detalles mínimos que van del amor al lujo que profesan ambos a esas descripciones minuciosas, casi simbólicas, que sus autores hacen de sus respectivos calzados...Acabemos, pues, por los pies lo que iniciamos por las cabezas:

"C'étaient des pantoufles en satin rose, bordées de cygne. Quand elle s'asseyait sur ses genoux, sa jambe, alors trop courte, pendait en l'air, et la mignarde chaussure, qui n'avait pas de quartier, tenait seulement par les orteils à son pied nu" (p. 375).

"Los pies parecían los de una dama; calzaban media morada, como si fueran de obispo; y el zapato era de esmerada labor y piel muy fina, y lucía hebilla de plata, sencilla pero elegante, que decía muy bien del color de la media" (p. 12).

(1) FLAUBERT. *Madame Bovary* (París, J. C. Cattès, 1988), pág. 233. De ahora en adelante, al citar esta novela me limitaré a indicar entre paréntesis la página correspondiente de esta edición.

(2) CLARIN. *La Regenta* (Madrid, Alianza, 1967), pág. 72. De ahora en adelante, en las citas de esta novela indicaré entre paréntesis la página de esta edición.